

Valeria Añón, *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la Conquista de México*
Buenos Aires, Corregidor, 2012, 354 páginas.¹

2012. Buenos Aires. Valeria Añón revisa los últimos detalles de su manuscrito. Ya ha decidido el final: “Las crónicas mestizas despliegan su sentido en ese cruce: escritas contra el trauma, contra el silencio ominoso, como apuesta futura y restitución parcial, llevan inscriptas las marcas de la ruptura y la violencia, la huella de ese silencio que señaló, en las memorias autóctonas, el fin de Tenochtitlán (y con el cual señalamos también el final de este libro): nadie hizo alarde de miedo. Nadie chistó una palabra” (p. 335). Piensa en las palabras entre paréntesis: “y con el cual señalamos también el final de este libro.” Duda si incluirlas o no, si confiar en que el lector vea al paralelo entre el final de esta gesta-tragedia-encuentro-caída que se narró a lo largo de 335 páginas o si quiere resaltarlo, aclararlo, ponerlo en palabras. No se trata de confiar o no en el lector, se dice, quiere dejar ella también su huella en este recorrido, su propia apuesta futura indicada desde la dedicatoria del libro al hijo “compañero de andanzas para quien escribir el futuro”(p. 9). Porque sabe como lo sabían cada uno de los cronistas que ha estudiado que reconstruir el pasado desde sus heridas, sus quiebres, sus alegrías y sus gritos desgarradores es también hacer un boceto del futuro.

Una de las escenas claves de la película *Infancia clandestina* tiene lugar durante un campamento de un grupo de niños de primaria en algún lugar de la pampa argentina durante el año 1979. Los chicos ponen en escena la “Conquista de América”: un grupo de niños vestidos como españoles son bienvenidos por otro grupo disfrazados de indios: bolsas de arpillera, vinchas con plumas, caras pintadas con corcho quemado. El estribillo es “bienvenido Colón” y se enumeran las características del nuevo *status quo*: nuestras tierras serán tuyas, gracias por traer la lengua, la religión, la civilización. Pensé mucho en esta puesta en escena de la que hemos participado muchos de los que estamos acá durante nuestros años escolares mientras leía el libro de Valeria Añón, *La palabra despierta: tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la Conquista de México*. Valeria misma desde la introducción y en los agradecimientos se refiere a lo difícil que es trabajar el período colonial desde el cono sur. Más aún si se trata de la copiosa producción sobre la conquista de México. Me imaginaba a la niña Valeria Añón en una representación de la conquista (los años coinciden). Y también a la joven estudiante de Letras que decidió en algún momento que estos textos sobre dos modos de alteridad serían su obsesión. Digo dos modos de alteridad pensando en primer lugar en esta conquista tan poblada de palabras que fue la de México y también en la literatura y la cultura mexicana pensadas desde el cono sur. Porque lo que es claro es que para trabajar las crónicas de la conquista de México, Valeria tuvo que hacer un cambio de piel, porque si en el Río de la Plata el período colonial ha sido poco relevante en la construcción de un imaginario social colectivo, reemplazada por la inmigración masiva como el mito fundante de la nación moderna, en México la conquista sigue siendo un texto que se vive a diario no desde los círculos letrados sino desde toda la sociedad. Sigue siendo uno de los ejes más productivos en cuanto a la producción literaria y artística y no es casualidad entonces que el escritor José Emilio Pacheco nos acompañe en la lectura desde el título “La palabra despierta” que proviene de uno de sus poemas y desde fragmentos de otros poemas —diáfanos y iluminadores— que auguran cada capítulo.

Dicho esto, lo más sorprendente de *La palabra despierta* es que Añón trabaja la Conquista de México no como alguien que visita el período, el lugar, los textos desde afuera (o desde el sur) sino como alguien que los ha vivido, los ha hecho carne (se usa a menudo la palabra encarnizar) y por eso se permite transitarlos y recrearlos con toda libertad. Esta libertad le da al libro su aspecto más rico y más creativo: a diferencia de muchos textos académicos, especialmente los que como éste comenzaron como una tesis, *La palabra despierta* de Valeria Añón propone una lectura casi novelística de estos cronistas. Como en las novelas hay suspenso, conflicto y una descripción detallada de personajes y lugares. “1518: México. Tenochtitlán. Al alba, en una de las casas principales del centro-ceremonial mexicana, el *tlahcuilo* prepara sus pinceles y su papel de *amatl*, “conoce los colores, los aplica, sombrea” para inscribir allí con elegantes grifos y estilizado trazo, el linaje del *uey tlahtoani* Moctezuma Xocoyotzin, noveno gobernante mexicana” (p. 17). “1520. Segura de la Frontera. De noche, todo es calma en el real: unos pocos soldados, muy *apercibidos*, aguzan el oído para evitar ataques o emboscadas. En la *unánime noche*, un insomne capitán Cortés, revisa sus escritos y piensa en su destinatario: ¿qué decidirá el Emperador cuando reciba las noticias de la rebelión y la conquista?” (p. 18). Esta estrategia: pensar la ocasión de la escritura es un modo deslumbrante de introducir los textos. Es una apuesta, una interpretación, que yo a la vez imito en el inicio de este texto mío.

¹ Se reproduce el texto leído como presentación del libro por Mónica Szurmuk el 25 de octubre de 2012, en la librería *Eterna Cadencia*, Buenos Aires.

Sabemos que la conquista de México además de un triunfo militar es el triunfo de un modo de concebir la historia. Los indios que vivían en Mesoamérica tenían registros históricos orales y pictóricos. Los españoles al llegar viendo que estos pueblos no tenían un registro escrito decidieron trágicamente, erróneamente que tampoco tenían historia. La visión de los vencedores se impuso. La conquista de México se narrará en textos escritos y estos serán escritos en letras latinas y en español. Seguir la historia de estas narrativas en las crónicas occidentales —escritas por Hernán Cortés, Francisco López de Gómara y Bernal Díaz de Castillo— y en las crónicas mestizas —Diego Muñoz Camargo y Fernando de Alva Ixtlilxochitl— permite vislumbrar los modos en que se desarrollan lo que Mary Louise Pratt llamó las artes de las zonas de contacto. Los múltiples problemas de traducción, de inteligibilidad, de traiciones y alianzas aparecen en esos textos como marca que define esta zona de contacto, donde hay encuentros y desencuentros y también violencias indescriptibles y ciertos momentos de ternura. Valeria muestra cómo se registran estas artes de la zona de contactos en los textos y cómo cada texto exhibe de manera particular cada evento, como cada cronista echa mano de su acervo histórico propio, de sus lecturas anteriores (el antiguo testamento), de otras fuentes (el lienzo de Tlaxcala, por ejemplo, cuyo análisis en el texto es verdaderamente luminoso). Hay versiones encontradas: Cortés dice usar a los tlaxcaltecas, mientras en la memoria indígena se registra esta alianza como una venganza contra los mexicas.

Añón utiliza la metáfora de la trama para armar su texto: aparecen las tramas del discurso, de la identidad, de la violencia, del espacio y del fracaso, todas ellas cuidadosamente analizadas en la presentación de Beatriz Colombi que precede al texto. Las tramas funcionan como hilos que van tejiendo la historia desde diferentes perspectivas, intentando un arco iris que no llega a completarse, interrumpido por las sordinas, los silencios, el grito de la batalla, las lenguas, las diferentes perspectivas. La palabra trama funciona también en otro sentido: Valeria muestra cómo cada uno de estos cronistas utiliza el género para “tramar”, para contarse a sí mismo: el caso más conocido es por supuesto el de Cortés que transforma la desobediencia en gesta y conquista. Los cronistas traman, escriben, reescriben. “El pasado”, nos dice la autora, “no es algo cristalizado o alejado: por el contrario, es herramienta de litigio, garantía de posicionamiento, contribución a la conformación de nuevos roles sociales”. Tramar es tejer, contar, hilar pero también deshacer, destejer, mentir.

Para terminar quiero volver al principio: la caída de Tenochtitlán, la ciudad más linda del mundo según Hernán Cortés. Entre Navidad y Año Nuevo, cuando la ciudad de México se vacía de gran parte de los veinte millones de habitantes, la contaminación cede y la ciudad vuelve a estar rodeada de volcanes y el cielo nuevamente es de azul profundo. En las calles del centro histórico, silenciados los vendedores ambulantes y sus clientes se puede imaginar nuevamente aquella ciudad que deslumbró a Cortés, “ciudad deseada” como la llama Añón, ciudad lacustre, comercial, guerrera. El apartado de La palabra despierta donde se cuenta el final se inicia con tres palabras: “Ahora, la caída” (p. 263). Transculturación, cruce de tradiciones discursivas, cruces de lenguas (el español y el náhuatl), triunfo y derrota. Fin. “Ven, déjate caer conmigo en la cicatriz lunar de nuestra ciudad”, escribió Carlos Fuentes a mediados del siglo pasado cuando el eco de esta caída todavía seguía (sigue) escuchándose en una novela que debe su título a una cita de Alfonso Reyes: “... ciudad del sol detenido, ... ciudad de los tres ombligos,... vieja ciudad en su cuna de aves agoreras, ... ciudad de la derrota violada (la que no pudimos amamantar a la luz, la derrota secreta),... ciudad abrevadero de las fauces rígidas del hermano empapado de sed y costras, ciudad tejida en la amnesia, resurrección de infancias, encarnación de pluma, ciudad perra, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera hundida, ciudad. Tuna incandescente. Águila sin alas. Serpiente de estrellas. Aquí nos tocó vivir. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del agua” (*La región más transparente*, pp. 146-147).

Como cada texto que enlaza el anterior, que lo incluye en su trama, que lo articula en su visión, *La palabra despierta* de Valeria Añón ya es parte de esta historia.

Mónica Szurmuk